

Fiesta. Sagrada Familia de Jesús, María y José

La Familia de Jesús: María y José

La fiesta de la Navidad nos acerca en el día de la **Sagrada Familia** a la contemplación de las tres figuras que la componen concentrando siempre la atención en Jesús. Los relatos narrados en los dos primeros capítulos de los evangelios de Mateo y Lucas tienen un interés más teológico que histórico y no tratan de mostrar tanto lo que a Jesús le pasó desde el principio cuanto de revelar quién es Él desde el principio.

En el Evangelio de Mateo se cuenta el origen de Jesús desde una **perspectiva de Pasión** (Mt 2,13-23). Jesús es el Hijo de Dios pero la manifestación plena de este misterio pasa por la muerte en la cruz y la resurrección. Eso ya está preconizado en el relato de su origen, que desvela su identidad y su misión. Por ello Mateo nos cuenta cómo Jesús no ha hecho más que nacer y su presencia desagrade ya al poder establecido. La **hostilidad de Herodes** y de los fariseos buscando la muerte del niño **prefigura el destino de Jesús en la cruz** y las persecuciones de los discípulos en la iglesia naciente. No olvidemos que hoy, día 28, es también el día de los santos **inocentes**. Todo se narra en forma de relato midrásico, es decir, iluminando los acontecimientos vinculados al origen y a la familia de Jesús desde textos del Antiguo Testamento. Así Mateo muestra que **Jesús es el Hijo de Dios** y que con él se abre paso en la historia el plan salvífico de Dios, aunque éste encuentre la hostilidad en el mundo desde el principio. **José, el hombre justo y bueno**, verdadero protagonista en el Evangelio de Mateo, el que **cumple la justicia divina mucho más trascendente que la justicia legal** y está dispuesto a realizar la voluntad de Dios, orienta su vida, su camino y su destino, según el plan de Dios, y la Virgen María, su esposa, constituyen realmente la familia de Jesús, siendo fieles en todo momento a Dios.

Por su parte el texto evangélico de este domingo es el de la presentación de Señor Jesús en el templo narrado por **Lucas (Lc 2,22-40)**. En el templo de Jerusalén dos figuras no sacerdotales, la de **Simeón y Ana**, hombre y mujer, se presentan como **testigos de toda la humanidad redimida que se abraza a su Señor**, reconociendo, celebrando y proclamando que el encuentro con Jesús, el Mesías Salvador, es la causa de la gran alegría del ser humano, pues en él se cumplen todas las promesas divinas, se contempla la salvación y se revela la luz de Dios a todos los pueblos y naciones de la tierra. Éste es el contenido del maravilloso himno

de Simeón. Pero Lucas muestra además el tenor mariano de la escena y la misión singular de la **Virgen María**.

A ella particularmente, como primera discípula de Jesús, va destinado el segundo oráculo de Simeón que es de **estilo profético** y constituye un **primer anuncio de la pasión** al revelar también el camino y el destino paradójico del mesianismo de Jesús, pues él será al mismo tiempo piedra de choque (cf. Is 8,14) y de resurrección para la multitud. Jesús será signo discutido a lo largo de su vida pública hasta la entrega de la vida en la cruz. **La participación discipular de María en el destino de su hijo** queda reflejada en la imagen de que una espada traspasará su vida, con lo cual se revela que ella es la candelaria de la luz mesiánica que su hijo en la cruz será para el mundo. La otra mujer de la escena, la profetisa Ana, viuda, **representante de los pobres** que esperan siempre la liberación, **glorifica a Dios** al contemplar a Jesús el Mesías, como también **hará el centurión al contemplar la muerte de Jesús** en la cruz. También ella se convierte en mensajera del evangelio, pues habla de Jesús a todos los que aguardan la liberación.

De la mano de la Virgen María y de José, su esposo, y como Simeón, que tuvo la dicha de tener en sus brazos a Jesús, hoy es un día hermoso para presentar ante el mundo a Jesús como luz de todos los pueblos y como nuevo templo de Dios, al cual pueden tener acceso todos los seres humanos gracias a la mediación solidaria y fraternal de **Jesús, nuestro hermano, el hermano de toda la familia humana**. Como Ana, hablemos de Jesús abiertamente a los demás, pues quien se encuentre con él, **encuentra la alegría de la vida**.

En estos días de Navidad, concentrados en Jesús, junto a María y José, nace la fraternidad mesiánica universal, **la nueva familia que encabezada por Jesús** abre un tiempo irreversible de luz en esta tierra de sombras. De esta familia ya forman parte los pobres, como Ana y Simeón. La misión de José y María fue proteger y cuidar al niño para saliera adelante su vida. La de Ana y Simeón fue anunciarlo al mundo, después de encontrarse con él. Ésta es también la gran misión de la familia cristiana y de las conciencias responsables en la vida de la Iglesia. **Proteger y defender a los más débiles y a los inocentes, particularmente a los niños y a los jóvenes**, a las mujeres maltratadas y a los ancianos abandonados y a todo tipo de pobres es la gran tarea de la Iglesia. Y si esto conlleva como resultado la confrontación con poderes públicos, con instituciones, con estados o con ideologías que persiguen, descuidan o abandonan a

los inocentes, hemos de tener como referente a **San José**, el hombre justo que, **más allá de la legalidad imperante y a veces permisiva del mal**, se sitúa en el orden de la justicia divina y concentra su misión en sacar adelante la vida del niño Jesús, confiando siempre en que el plan de Dios se cumplirá.

El papa **Francisco** nos recordaba el día de Navidad, y lo hace continuamente, que no podemos olvidar que hoy se sigue persiguiendo a muchos cristianos en el mundo y que se sigue matando o dejando que malvivan o mueran muchos inocentes, sobre todo, niños. Los inocentes y las víctimas de tanto Herodes que anda suelto se cuentan por miles. Nuestra conciencia responsable, y mucho más si es cristiana, no puede olvidarse nunca de los **inocentes, de los niños abandonados, maltratados, explotados y vejados, ni de aquellos a los que se les ha impedido nacer**. En todos ellos se hace presente **Jesús inocente, hermanado con ellos por la sangre de su cruz**. De igual modo Jesús inocente está presente en los millones de personas que mueren de hambre en el mundo así como en el número ingente de los empobrecidos en esta última fase de la gran injusticia cometida por el capitalismo salvaje que ha incrementado sobremanera el colectivo de los que sufren sus consecuencias.

La Carta a los **Colosenses**, por su parte, despliega todo un elenco de actitudes y de conductas centradas también en Dios para exhortar a los creyentes a vivir y enseñar la auténtica sabiduría (Col 3,12-21). Por eso, especialmente **en las relaciones familiares, se requiere misericordia, bondad, humildad, dulzura, comprensión y, sobre todo, una vida en la que fluya el perdón recíproco**. El libro del Eclesiástico proyectaba (Eclo 3,3-7.14-17) estas actitudes particularmente en las relaciones de los hijos hacia los padres, y concedía al respeto y a la honra hacia el padre y la madre, así como la atención y el cuidado hacia ambos, el altísimo valor de perdonar pecados. Todas estas virtudes tienen su culmen en el amor y han de ser las señas de identidad de quienes viven en continua acción de gracias al Padre, dejando que la Palabra habite en todos nosotros y enriquezca nuestras vidas.

La carta a los Colosenses repite hasta tres veces la necesidad de **dar gracias a Dios**. "De bien nacidos es ser agradecidos" dice nuestro refrán popular. Esa orientación de la vida en una gratitud constantemente celebrada ante Dios es la clave de la verdadera fuente de la alegría humana, que encuentra su culmen en toda Eucaristía.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura